

© ALEJANDRO ANDRADE COELLO ©

Muerte de Montalvo

(FRAGMENTO DE LA OBRA
"MALDONADO, MEJIA, MONTALVO,
MOTIVOS NACIONALES")



QUITO-ECUADOR

1911

© ALEJANDRO ANDRADE COELLO ©

Muerte

de Montalvo

(FRAGMENTO DE LA OBRA
"MALDONADO, MEJIA, MONTALVO.
MOTIVOS NACIONALES").



QUITO-ECUADOR

1911

Muerte de Montalvo

Allá, en lejanas playas, en el centro de la actividad universal, en la populosa ciudad de París, cuna de la moda, del placer, de la alegría, del buen gusto y del pensamiento, expiró un hombre admirable, uno de los talentos más conspicuos del siglo XIX; murió como un esteta, cantando á la naturaleza y presentándose con solemne talante y aire gentil á las bodas con la pálida enlutada, que dicen los poetas de la nueva cepa.

Y ese ingenio que bajaba á las regiones de la tumba era Montalvo. Don Juan Montalvo.

gloria ecuatoriana, moría distante de sus amigos y enemigos, apartado de sus admiradores y detractores, á miles de leguas de la Patria, del hogar querido y de la familia inolvidable.

El sol del Ecuador, cansado de alumbrar un suelo ingrato que rechazaba rutinariamente la luz, fué á esparcir sus postreros rayos en una tierra en donde la claridad es brillante y amada con la religiosidad de un culto.

Como fué su vida proba, así su muerte. En la noche del 17 de Enero de 1889 agonizaba Montalvo, pidiendo flores para su cadáver. Coronas de fragantes y modestas violetas, purísimas azucenas y un haz de limpidas rosas adornaban el féretro del Coloso de la idea, según expone su distinguido biógrafo. Esas florecillas naturales, esparciendo sus aromas sobre la caja mortuoria del que derramó á su vez los perfumes de la enseñanza, del saber y de la virtud, son un elocuente y alto

testimonio de la valía del justo.

¡Cuántos corazones hipócritas, que en este valle de lágrimas pasan por un modelo de santidad, que exhalan el último suspiro entre letanías y oraciones, no tienen la tranquilidad de una muerte así, y no hallan personas piadosas que ornén su ataúd con algún humilde siguo de sinceridad, amor y poesía!

Nunca la raza latina se vió tan honrada y defendida, nunca la libertad tuvo un apóstol más grande, nunca el pueblo un abogado mejor, nunca en América se habló tan brillantemente el idioma de Castilla que en vida de Montalvo. ¡Lástima grande que su inmenso talento desperdició á las veces en asuntos fútiles, en dentelladas de nuestra política interna: alusiones que hoy son inoportunas y casi ininteligibles!

¡Qué siempre hubiera trabajado para la humanidad, en el primor de su impecable forma, como lo hizo al rememorar la doctrina de los filósofos grie-

gos, al estudiar el genio, la belleza, la nobleza y el arte clásico, sin ser análisis psicológicas á la moderna, como los de Ribot, Höffding y otros sabios.

Los maestros en el bien decir se han orgullecido en confesar, con justicia, que nadie ha escrito mejor que aquél la lengua española en la América latina. Y los padres del léxico son voto sagrado cuando dan su fallo. Sus opiniones, dignas de respeto, están abonadas con reputación inmensa.

Cuando desaparece del escenario terrestre una figura de la talla de Montalvo, toca á la humanidad guardar severo luto. Genios de esta clase nacen de centuria en centuria, cuando el progreso quiere salvar á las almas por medio de un enviado suyo.

Su ardiente propaganda, inspirada en el bien, es obra de cíclopes. No se concibe cómo un sólo cerebro haya pensado, en aquella triste época de sombras, con energía y fecun-

didad asombrosas, en el ataque personal y en la polémica del odio, si se considera las mil peripecias de una existencia pobre, combatida, errante. En sus correrías por parajes incultos, sus días de voluntario encierro en la soledad salvaje, sus refugios agrestes, sus ostracismos, sus luchas por la vida, parece que un hombre es impotente para escribir tanto, dándose tiempo para todo. Y Montalvo, á pesar de que se ausentó del mundo en plena virilidad, casi joven aún, ha dejado monumentos que las generaciones venideras apreciarán con veneración, cuando las pasiones políticas y las rastreras emulaciones se hundan en el antro del olvido, y cuando se expurgue la labor del genio.

Hoy mismo, en el teatro de ✓ los acontecimientos, asombran, aunque no todas por su fondo, por su nítida apariencia, sus obras cuya fama, pasando los mares, se esparce en creciendo formidable.

✓ La intransigencia ecuatoriana que le denigra con furia, el exagerado clero que le odia, demuestran—y esta es la más poderosa gloria de Montalvo—que su noble adversario hizo retemblar los templos cuando la divinidad era profanada allí; demuestran que un día hubo amor hacia ella en p-chos aún no viciados; demuestran que el rencor contra Montalvo se engendró en la pasión de sus calumniadores que se anonadan todavía en presencia de la verdad desnuda.

Cuentan de Cromwell que soñó disfrazarse de verdugo para herir. Así los gramios intolerantes del Ecuador se han disfrazado para calumniar á Montalvo. Y bajo el cínico pretexto de religión han anatematizado la verdad, prohibiendo la lectura de las obras del Maestro americano, que tuvo el orgullo de llamarse *un semibárbaro* para pintar el atraso de su época. Y con la capa hipócrita de la virtud han predicado la indife-

rencia y el desprecio al que constituía la más brillante gloria ecuatoriana, temerosos de que, ilustrándose el pueblo con tan pura doctrina, la explotación de las minas espiritual y material fuese imposible.

Los verdaderos sacerdotes no son los caballeros de industria que comercian con tal ó cual creencia, no lo son tampoco los que rinden culto á una religión cualquiera, ni los que, envueltos en enmarañada teología, pescan con esta red á los incautos. El sacerdocio, en todo orden de ideas, es cargo apostólico confiado por la civilización á ciertos seres predilectos.

Jesús es el tipo del sacerdote. Pocos le han imitado. Su misión sublime, ya adulterada maliciosamente, ya mal comentada, ya fundada en una doctrina comprendida con doblez, no ha inspirado sino á los hombres más puros de la humanidad. De aquí que bebieron de las límpidas aguas de esta fuen-

te poquísimos sacerdotes. Jesús mismo combatió á los de baja ley, que no otra cosa eran los fariseos.

En el Ecuador no había nacido todavía la genuina legión de sacerdotes de la humanidad, hasta que surgió el Cosmopolita á dirigirla. El sacrilegio y simonía eran loados, el engaño enaltecido, la esclavización de conciencia bendecida.

Los que se decían sacerdotes habían comprado la patente para el robo velado, para la inmoralidad absuelta, para la crápula disimulada y para la estafa inaudita. En el nombre de un Dios de paz y de amor se obligaba á la ignorancia á esgrimir sus armas en contra de la altivez, de la dignidad y de la protesta santa. El confesonario, depósito de basuras, como lo llama Mau-passant, era un castillo lleno de cañones, una fortaleza infranqueable. Todo se conseguía encerrado en tan poderosa covacha. ¡Qué de dramas san-

grientos se han desarrollado en su interior! La sociedad que se respeta á sí misma está en el deber de censurar siempre práctica tan inmoral. Mujeres que se confiesan son capaces de todo: las tengo miedo, exclama la experiencia. Dominando en el hogar, son responsables de la desgracia é idiotez de sus hijos; en el lecho conyugal son aptas para la infidelidad; en la sociedad, para la murmuración; porque, arrodillándose ante un hombre de dudosos antecedentes ó de magníficos, pero hombre al fin, humillan su pudor, traicionan la conciencia, abaten el carácter y estimulan el chisme.

¡Oh mujeres! ¡oh flores de la vida! ¿por qué perdéis los perfumes con que os regaló la prodiga naturaleza, por qué marchitáis la cándida frescura de vuestras almas con un acto así de estudiada delación que os arrastra al suicidio moral?

Hasta entonces, ninguna protesta al respecto fue fecunda



en frutos saludables. La de Montalvo lo fue y lo es aún. El mejoramiento de las costumbres fue su gran cuestión.

Su vida entera puso al servicio del bien, depurando los hábitos añejos. Con vigor asombroso peleó por la pulverización de las rancias preocupaciones, y, para el tiempo que alcanzó, fue un innovador y un filósofo. Desde entonces la República ha recorrido tan largo camino, que á la hora actual es otro el fundamento filosófico y más amplio el ideal.

El fol'eto en sus manos fue una erupción moral y salvadora, que aun cuando era un látigo contra el individuo, un rencor que el tiempo borra; pero pinta su carácter indomable.

De un confín á otro de la patria sonaba el verbo purificador de Montalvo, el verbo de su severa filosofía y de su lógica robusta. ¿No fue Montalvo un sacerdote?

Lo fue el primero, en el sentido estricto de esta palabra

veneranda, en el altar de la hermosa naturaleza.

Y como lo fue de veras, los fariseos le hicieron cruda guerra. Y le dieron vida de martirio. Y después de muerto insultaron sus cenizas, calumniaron su honor immaculado.

Y vino de allende los mares un buho aventurero, ave errante que se posó en árbol virgen y frondoso, formó allí su nido y concluyó por aprovecharse de sus brotes y nutrirse con sus frutos; vino á remover el fango para arrojarlo á la faz de la libertad.

Fué pájaro de pésimos augurios para el Ecuador. Una vez, con la tea incendiaria en el pico, se dejó caer sobre una población indefensa. Y ardió el poblacho. Las quejas de los infelices, las lágrimas de las viudas y la protesta de los inocentes subieron, confundidas en un sólo clamor, al cielo. La Justicia castigó al buho haciéndole saborear, inmediatamente después de un remedo de apoteosis,

la derrota estrepitosa y desconsoladora.

Este cuervo, humillando al país hospitalario, picoteó la reputación de sus mejores hijos. Graznó fuertemente: las aves de su misma especie le hicieron vergonzoso coro. Eclipsando el libro de la historia, ensució con su baba y sus patas membranosas una nítida página: la página de la vida de Montalvo. Así, ni su memoria inolvidable y sin mancha quedó ilesa. El ave negra había proyectado sobre ella la sombra de la mentira.

Cuando emprendió el vuelo hacia otras regiones, fue, ingrata, á propagar sus invenciones perjudiciales. Y desde la distancia continuó insultando á Montalvo.

Mal se han portado también, como aquel funesto tentón, ciertos ministros de Dios que se creían norma del clero de la patria.

La caridad evangélica fue un mito en su boca,

Montalvo, sacerdote que profesaba la religión de la humanidad, bregó por su perfeccionamiento.

Pero las ruines pasiones y los vicios le tomaron como á blanco de sus ataques necios, preparándole, como corolario, el amargo destierro. Y allí murió el apóstol, entre melancólicas nostalgias é infinitas aspiraciones de nobleza para la patria.

La heroica Guayaquil, cuna de varones de civismo é independencia reconocidos, gimiendo sincera tan infausto acontecimiento, ordenó la pronta traslación de los preciosos restos del insigne literato, filósofo y ciudadano.

Y con religioso amor encerrados están en el Cementerio Católico de esa noble ciudad, á despecho de las almas mezquinas, de los espíritus cobardes y de los corazones sin piedad fundamental, mas sí con la aparente, con esa de los sepulcros blanqueados.

Visitada constantemente su

tumba por las personas virtuosas y los correligionarios y admiradores íntegros, nunca se ve desprovista de coronas y de flores, de las flores que tanto gustaron á Montalvo, que las pidió para ornar su urna funeraria.

«Murió él, y murió la protesta», observa Vargas Vila.

Quiera la razón que tan triste frase no sea una realidad desconsoladora.

La juventud liberal, preparada por medio de la constancia y del estudio, es la única heredera de Montalvo que hasta aquí divisamos.

Ella protestará cuando el crimen se levante, élla combatirá cuando el vicio impere, élla será el más firme sostén de una tierra desvalida.

¡Montalvo, Montalvo! el odio sectario que deshonra á la patria, á manera de Cayo Calígula que rompió los bustos de Homero y de Virgilio, ha querido destrozár tu nombre, con ira ciega, á fin de que tu colosal estatua, que ya miramos dibujarse

en lontananza, no se inaugure pronto en tu ilustre cuna, la ciudad de Ambato.

Pero la propaganda en contrario será estéril.

Cercano está el día de tu inmortalidad en bronce, ya que eres inmortal en la mente y en el corazón de los libres.

¡Veintidós años han transcurrido! "La justicia no se hará esperar.

Y más que espléndida MEDALLA DE ORO, será el eterno monumento que te levantamos de común acuerdo los pechos agradecidos.

Y este premio duradero, no será solamente un premio sino también una perenne reparación. ¡Así protestaremos prácticamente!

